



EL SENTIDO PROFUNDO DEL FILOSOFAR

UNA ASCESIS QUE TRASCIENDE LA RAZÓN

Por Héctor Ituarte

Conócete a ti mismo y conocerás el universo y los dioses.

(Templo de Delfos)

La filosofía ha sido definida de muchos modos a lo largo de su desarrollo histórico, y estas apreciaciones variaron según el contexto cultural de cada época. Distintas actitudes marcaron el acercamiento de los filósofos a una definición más o menos clara de su actividad: la sabiduría en la antigüedad, la vida del sabio durante el helenismo, el conflicto fe y razón en la Edad Media, la razón admirada en la Edad Moderna, la crisis de fe en la razón en la época contemporánea. De este modo el concepto de filosofía fue variando, a veces fue enriquecido, otras veces limitado. Aquí queremos volver sobre algunos de esas aproximaciones que nos parecen más adecuadas para entender en definitiva qué función tendrá la filosofía en nuestro camino espiritual.

En verdad es necesario señalar que la filosofía es una práctica, de modo que sólo contar con definiciones o tratar de elaborar alguna que dé cuenta de todo lo que significa filosofar, no tendría ningún sentido, si no ayudara a echar luz sobre por qué filosofamos. La palabra *ascesis* significa ejercicio espiritual y no nos referimos aquí a un ascetismo extremo como equivocadamente nuestra imaginación proyecta cada vez que se escucha el término. *Ascesis* es práctica, ejercicio, entrenamiento. ¿En qué sentido la filosofía entonces es una *ascesis*? Por un lado, tal como la entendía Pitágoras, la filosofía es un camino de purificación del alma, de la mente. Como nuestra maestra una vez nos dijo, “mucha lectura filosófica no los liberará, pero purificará vuestra mente”. Por otro lado, la filosofía es un ejercicio de discernimiento. Es poner a trabajar nuestra capacidad de discernir entre la verdad y el error, lo permanente y lo efímero, lo inmutable y lo que cambia, discriminar entre lo que eterno y lo que no lo es. *Nitya anitya vastu vivekaha*.

Purificación de la mente y ejercicio del discernimiento son elementos centrales del filosofar en el camino espiritual. Por eso toda tradición espiritual auténtica incluye el ejercicio filosófico en este profundo sentido. ¿Qué es si no el principio del Noble Óctuple Sendero del Budismo: Recta Creencia? La reflexión y profunda comprensión de las Cuatro Nobles Verdades que son el eje del Budismo. Si no comprendemos el dolor, la

impermanencia y la futilidad de las cosas del mundo, a través de una profunda reflexión, nos será difícil transitar el sendero. El Corán también nos dice que el mundo está poblado de signos para los que tienen discernimiento en la Sura 2,164:

“En la creación de los cielos y de la tierra, en la sucesión de la noche y el día, en las naves que surcan el mar con lo que aprovecha a los hombres, en el agua que Allah hace bajar del cielo, vivificando con ella la tierra, diseminando toda clase de bestias, en la variación de los vientos, en las nubes, sujetas entre el cielo y la tierra, hay ciertamente, signos para la gente que tiene discernimiento.”

Desapego y discernimiento son las cualidades fundamentales del discípulo y en los auténticos filósofos se pueden hallar en sus propias vidas como ejemplo de que el ejercicio del filosofar ayuda a alcanzar estas virtudes. A veces no se destaca en los manuales clásicos de filosofía antigua el atributo del desapego, pero para quien haya estudiado un poco está claro que Pitágoras, Sócrates, Epicteto, Marco Aurelio, Plotino, Epicuro, Diógenes, además de reflexionar sobre las virtudes equivalentes al desapego, la austeridad, la humildad, la bondad, eran sinceros practicantes. Los ejemplos son deliberadamente occidentales, porque en oriente el tema ha sido bastante más comentado. Pitágoras era parte de una hermandad mística donde

la filosofía como camino de purificación se vivía cotidianamente. Sócrates ironizaba sobre su ignorancia con clara humildad a la vez que aceptaba su condena por fidelidad a su enseñanza y a las leyes que había cumplido a lo largo de su vida. Los estoicos Epicteto y Marco Aurelio, uno esclavo, el otro emperador, fueron ejemplos de desapego y discernimiento. Epicuro, escasamente comprendido aún, fue prácticamente un asceta que profesaba el culto de la amistad y llevaba una vida serena y pacífica. Diógenes llegó a bromear ante Alejandro Magno cuando el conquistador le ofreció lo que deseara y él le pidió que se apartara porque le cubría el sol. Cuando Plotino nos dice que debemos retornar al Uno, soltando las amarras que nos tienen anclados al mundo, para que el alma ligera pueda emprender el viaje ascendente, nos está recomendando el desapego e iluminando nuestro discernimiento.

En nuestro manual de filosofía hacemos la diferencia entre el filósofo analítico y el filósofo místico. Está claro que aquí nos estamos refiriendo al místico. Al analítico le interesa el mundo del fenómeno y piensa, razona, clasifica, separa, agrupa, segrega, compara, todas actividades legítimas para un tipo de conocimiento científico que cumplirá sus funciones en ese ámbito específico. Al místico le compete el Ser, para él conocer es ser, y esto es pura metafísica en el sentido más alto, la más excelente e “inútil” de las ciencias, según Aristóteles. Por eso el ejerci-

cio del filosofar como ascesis es parte de la vida del filósofo místico.

La mística nos habla de tres momentos en el sendero hacia la Verdad, en el camino hacia Dios. La primera etapa es la vida purgativa, la segunda es la vida iluminativa y el viaje culmina en la vida unitiva: purificación, iluminación y unión. La mística es la conciencia de la presencia de Dios a cada instante. Para alcanzar la etapa purgativa, que equivale a la Virtud en las tradiciones espirituales emprendemos un trabajo que tiene que ver con la acción, con el karma yoga, con la ética desde la perspectiva filosófica. Acción correcta y desinteresada, cumplimiento del *dharma*, actos que purifican nuestra mente, armonización con los aspectos exteriores de la vida.

En la segunda etapa, la iluminativa, todo este trabajo se interioriza, nuestra alma va haciéndose transparente, hay una ascesis interior que hace más frecuente la oración, la meditación, el recuerdo de Dios. En la espiritualidad tradicional corresponde al Método, la Vía, de modo que se profundiza la entrega, la devoción, el amor a Dios, la contemplación. En la filosofía corresponde a la Gnoseología, el modo de conocimiento. Estamos aún en el campo de la dualidad, aún hay ego pero este ego está muy purificado, es traslúcido, transparente, diáfano, la luz lo atraviesa, por eso está iluminándose.

El sendero culmina en la vida unitiva donde se produce la fusión de contemplador y Contemplado, se realiza la Unidad, amante, amado y amor son Uno. Se experimenta que no hay más realidad que Dios, “*la illaha illa Allah*”. Se verifica lo que nos había dicho el maestro: “*Tat Tvam Asi*”, Tú Eres Aquello. Se apaga el deseo, Nirvana. Se olvida el ego, al-faná y se subsiste en Allah, al-baqá. Se sale de sí mismo para estar en Dios, “éxtasis”. Entonces Todo es *Brahman, Sarvam kalvidam brahman*. Estamos unidos a lo Real en *Asamprajnata Samadhi*, sin dualidad. Este tercer estado corresponde en las tradiciones espirituales a la Verdad.

Virtud (vía purgativa), Vía (vía iluminativa) y Verdad (vía unitiva) se correlacionan con las tres etapas de la vida de la mística hasta alcanzar la meta. En filosofía es en realidad la auténtica Metafísica ¿Qué dicen los filósofos místicos de esta meta? ¿Cómo refieren la Unión? Plotino dice:

“Quien viese a Aquel que surte de belleza a todas las cosas, ése que permanece en una contemplación tal, gozando de su propia conformación al Bien, ¿podrá todavía estar falto de alguna belleza? Pues es el Bien mismo la primera y más excelsa belleza que embellece a quienes le aman y les hace dignos de ser amados”

Ibn al Farid, el poeta sufí dice:

“Estuve a solas con mi Amado...y fue otorgada a mi alma la bendita Visión, que a mí, oscuro, me coronó de renombre infinito...” Suso, el místico alemán nos dice que “Este supremo grado de unión es una experiencia indescriptible, en que toda idea de imagen, forma o diferencia han desaparecido. Se ha ido toda conciencia de sí y de las cosas, y el alma está sumida en el abismo de la Divinidad y el espíritu se ha hecho uno con Dios.”

“La Verdad os hará libres”, afirma Jesucristo, y así debería cumplir la filosofía auténtica esta promesa. La Verdad no debería hacernos ni dogmáticos, ni racionalistas, ni puramente especulativos, sino liberarnos de nuestras limitaciones, oscuridades e ignorancia. Las *darshanas* hindúes ortodoxas concuerdan en que la finalidad de la vida es la liberación de la ignorancia, *Moksha*, y todas sus prácticas están apuntadas a este propósito. Como en Oriente no hay diferencias explícitas entre filosofía, religión y mística, los occidentales aparecemos confundidos, pero sin embargo si el hombre es uno, no tiene mucho sentido dividir las disciplinas que deberían llevarlo al mismo fin. La palabra Realización podría servir en Occidente para expresar el propósito del auténtico conocimiento. Realizar es “hacer real”. Si lo tomamos en sentido reflexivo es “hacerse real”. Si la consideramos en inglés “realize” es “darse cuenta”, de modo que tenemos dos interesantes significados para medi-

tar. Desde el punto de vista occidental, que a veces insiste en el esfuerzo, hay que trabajar para hacerse real, para volverse auténtico, para ser libre. El oriental estaría de acuerdo con el otro sentido, debemos darnos cuenta de lo que ya somos, esencia divina, *Âtman*, y el trabajo consiste en retirar los velos de la ignorancia que cubren esta verdad esencial. En la *Vedânta* está expresado este sentido directamente en su nombre: Vid, veda, se refiere a conocimiento y anta es fin, propósito. La finalidad es *Moksha*, la liberación. La auténtica sabiduría es la liberación de nuestra identificación egoísta para descubrir paradójicamente nuestra Suprema Identidad. Eso en definitiva es filosofar, en ambos casos, una *sâdhana*, una práctica, una ascesis que nos debe ayudar a alcanzar la Verdad.

Aunque no tenemos muchas referencias históricas en algunos casos occidentales podemos entrever el hilo místico en la filosofía antigua. Heráclito ofreció su obra en el templo de Artemisa de Éfeso y en sus fragmentos se difunde su experiencia mística: “Todo está custodiado por el rayo de Dios”, “Sabio es quien, no escuchándome a mí, sino al Logos, considera que todo es uno”, “La armonía invisible es superior a la visible” y otras intuiciones semejantes.

Parménides en su poema del Ser afirma que lo que está contando se lo reveló la Diosa en una visión mística contada

como un viaje ascendente. Pitágoras en contemplación escuchaba la música de los planetas, sostenía a inmortalidad del alma y planteaba una disciplina ascética de purificación para recuperar la semejanza divina. Hay testimonios que afirman que Sócrates quedaba en éxtasis aún en medio de las batallas, y en su desinteresada tarea filosófica afirmaba que lo único que enseñaba era el amor y atestiguaba la inmortalidad del alma. El ejercicio filosófico es para Sócrates una práctica de autoco-
nocimiento de acuerdo a la sentencia del templo de Delfos que él repetía. Platón en toda su obra ofrece mil indicios de su sabiduría mística, enseñando que el hombre olvida el origen divino de su alma, y por lo tanto la tarea filosófica es un ejercicio del recuerdo de esa divinidad primordial. La dialéctica o filosofía es un viaje del alma del mundo sensible hacia el mundo inteligible, guiada por el amor, hasta conocer el Bien Supremo.

Aristóteles nos dice que la vida contemplativa es propia del hombre y también de los dioses, que todas las cosas se mueven hacia la plenitud del ser por amor de perfección. Además cuando Aristóteles habla del filosofar es muy claro con respecto a la cualidad de esta disciplina:

“Por último; no hay ciencia más digna de estimación que esta; porque debe estimarse más la divina, y esta lo es en un doble concepto. En efecto, una ciencia que es principalmente

patrimonio de Dios, y que trata de las cosas divinas, es divina entre todas las ciencias. Pues bien, sólo la filosofía tiene ese doble carácter. Dios pasa por ser la causa y el principio de todas las cosas, y Dios sólo, o principalmente al menos, puede poseer una ciencia semejante. Todas las demás ciencias tienen, es cierto, más relación con nuestras necesidades que la filosofía, pero ninguna la supera”.

De Plotino es de quien tenemos noticias más directas pues sus discípulos fueron testigos varias veces de su ascenso a estados contemplativos. Además él mismo nos cuenta la experiencia en el tratado Del Bien y de lo Uno, con el que culminan las *Enéadas*:

“...aquel que ve no ve, propiamente hablando, no distingue, no se imagina dos cosas; deviene completamente otro, deja de ser él, nada conserva de sí mismo. Absorto en Dios, ya no forma sino uno con Él, como un centro que coincide con otro centro...”

El tratado concluye:

“Tal es la vida de los dioses; tal es asimismo la de los hombres divinos y bienaventurados; desprendimiento de todas las cosas terrenales, sentir disgusto por ellas, y huir solo hacia el Solo”.

Seamos categóricos: si el ejercicio del filosofar auténtico no culmina en esta unión con la Verdad nos es completamente inútil. La filosofía debe sacrificarse a sí misma como se la entiende actualmente para poder dar lugar a esa unión. Si se aferra a la razón discursiva, al pensamiento especulativo, nunca alcanzará esta Verdad. Erich Fromm dice que la grandeza de la razón es renunciar a sí misma para dar lugar al amor. Si somos fieles a la definición originaria de filosofía como amor a la sabiduría esta afirmación es muy clara. La filosofía debe morir de amor por la sabiduría. La razón debe renunciar a su pretensión de explicar la Verdad, para vivir la Verdad. Esto significa el “morir antes de morir” de los sufíes. Es la verdadera ascesis del filosofar. Recordemos que verdad es satya en sánscrito, que en su raíz lleva la palabra sat, ser. En la auténtica metafísica, que es mística, Verdad, Ser y Dios son uno. Por eso podemos definir la filosofía como amor a la verdad, amor a la sabiduría, amor a Dios, y por esta misma razón filosofar es amar, amar es ser, conocer es ser, y saber es “saborear” como dicen los sufíes. Nos dice el *Bhagavad Gîtâ* en IV, 38:

“Verdaderamente, no hay purificante en este mundo que a la sabiduría iguale.”

¿Cómo transmitir un sabor, una fragancia mediante palabras? Vano intento. La palabra agua no calma la sed. Debemos

experimentar el sabor o la fragancia, y así es con el perfume de la Divinidad, y podremos decir con Rumi:

“He desechado la dualidad, he visto que los dos mundos son uno; Uno busco, Uno conozco, Uno veo, Uno llamo. Estoy embriagado con la copa del Amor.”

*Por el Prof. Héctor Ituarte
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
